

INVENTANDO A LENNON

Para Ismael y Amaranta

A LA ENTRADA DEL PARQUE

Enhiesto permanece el roble en la vereda.

Ahí, a la entrada del parque, prende el rumor.

Roncan la mendacidad, la murmuración y el escarnio. La fronda atrapa una imprecación de los amantes.

¡Qué poco tiempo tienen para ellos!

Entre las habladurías del charlatán, del irredento, allí, se enlazan.

Señuelos del timador, tinglados del seductor, murmullos. Murmullos de oratorio, de trastienda, de cortinaje.

En esa cháchara de feria, en ese tumulto asiré mi lengua, sus dos filos.

Virtud de comediante, sagacidad de quiromántica, canto en el tumulto.

Aprenderé a nombrarte, vida, vaso, con las huellas...

ESFINGE

La pareja se trenza sobre la hamaca.

Violento es el aire, perfume de las mazorcas de cacao. Floración de los sexos, fermentación, caldo del sueño y del gozo. Gritan los loros.

Por el mentón, la mano detiene a la hembra. Y aunque ella viniese al mundo en un cobertizo bajo los plátanos, es la única Bella Durmiente del bosque, ahora real, cuando levanta el rostro y él puede abismar la mirada en la profundidad de otras pupilas.

Más que un espejo, ese fondo arrastra hacia la Esfinge.

LUZ DEL DIAMANTE

Pasión de luz, pasión por ver lo claro. Sobre las retinas se descargan fulminantes los rayos. No se resigna el hombre. Quiere el diamante, quiere llegar al centro, al punto de claridad total. Quiere el extremo.

Pasión vidente la del ojo ciego.

La fulguración más intensa sigue al eclipse: el ojo negro, el gran hueco, el vértigo.

ROCAS

La roca se adentra en las aguas, una mano escarpada que acaricia los flujos.
Paraje de agrestes murallas, agujas que rasgan un cielo en cenizas. Sobre el
basalto braman huracanes de granizo. Y el torrente, cuando acaricia, roe.

Resisten esas paredes de granito al embate que cambia las tallas de los
despeñaderos, pero no permanece igual el lecho en la borrasca. Día por
día la arena cercena la piel petrificada y el agua agujerea la roca del fiordo.
De la misma piedra surge la arena que lima y corroe las superficies de
afilados sables.

¿Y no es la misma roca testigo de ese afán contra el rozamiento y la catástrofe?
Acaso su victoria asista bajo la fuerza que ilumina las aristas, en el
resplandor de sus cuchillas buriladas...

Líneas que dibujan fuerzas, mapas de la pasión. ¡Farallones, llameantes
reductos de quimeras!

El cántico se elevará en sí mismo, piedra sobre piedra, al puro impulso de
persistir en sus domos, en sus dardos, en sus astillas. Es su nervio, es su
médula.

Baña la luz los riscos. Y del susurro se desprende el pedazo que rueda sin punto
de reposo hacia la sima.

POR LA CAÑA AÚLLA EL VIENTO

¿Hubo otro universo así, tan a la mano? Un universo coagulado en un trozo de pan, en el tibio mordisco dado en la fruta.

Aguas en remolino golpean sobre las cuerdas. Golpean con su señal sobre la madera vibrante el huracán, la desdicha, el furor. Golpean las otras brisas que llegan de muy adentro. Desde las praderas y el páramo.

Traen sus ruidos la catarata, el desplome de los troncos trabados en el dique de los castores, el hermoso aullido de las salvajes bestias. Festín, fortaleza, celo, dentellada y degüello. Dichoso es el grito de la hembra del lince, penetrada. Inútil, fatídico el chillido del ratón entre las garras del búho.

La noche: aroma de hierba, de cebo, de lecho.

Por la caña aúlla el viento. Golpea la lluvia el polvo. Golpean los dedos sobre la piel del timbal. Bebo hasta la embriaguez este aire, esta miel. Este cáliz.

PUERTO

Naufragamos.

Mercancías apiladas en las tiendas hasta el techo.
De los ganchos cuelgan las reses. Y allá vamos
por un pedazo de lomo, por un kilo de vísceras.
Aspiro el olor del humo, cargado con la sangre chamuscada.
Rociamos con soporíferos vinos el bocado. ¡El holocausto!
Salomón o Francisco descansan con la nuca apoyada
sobre el testuz de la bestia decapitada. Mi cuerpo,
territorio ganado palmo a palmo entre retazos...

Madame baja las gradas haciendo gala de su traje y colorete.
Madame cuida su rostro, no mira directo hacia el asfalto,
recoge su manga y sopesa en su mano enguantada el mango.
Mi dama en el umbral: esa coqueta esfinge,
regordeta y recortada contra el fondo
de un anuncio: una marca de jabones.
Saludable...

Naufragamos,
en un bazar cualquiera.
Pero no te tragues el cuento, camarada,
yo no vengo en esa nave de casco negro
desde las islas prohibidas,
no voy para Ítaca, ni a hacer las Américas.
Mi puerto de embarque está al cruzar la esquina.

Sin embargo, el plebeyo
intuye en mis ojos abiertos mi ceguera,
advierte que me pierdo,
anticipa mi acechanza.
¡Ah, me traicionan las pupilas,
me descubren con el fuego! ¡Su seducción!
¡Ah, esos destellos del sol febril y fanático
restallantes en el perfil de la navaja!

Y mientras mondo la fruta,
la mujer se desvanece,
el cargador arrastra
la pierna de una res
(seguro: naufragamos),
y me oyen cuando silbo.

LECCIONES DE HISTORIA UNIVERSAL

Con Alejandro, la espada.
Digamos que Aníbal Barca,
con su penosa tropa de paquidermos,
resbala sobre las nieves alpinas,
se hunde en los pantanos, tan cerca,
tan cerca del fin las trompas se hunden,
se están hundiendo colmillos, grandes orejas,
sólidos muslos.

El soberbio quema las naves y otro defiende
los templos sobre el lago. Aquél,
empecinado en su libertad,
se está quemando vivo en la hoguera. Alguno
traza una raya en la isla Gorgona,
divide fortunas (¡habría que verlas!)
y salta hacia el Sur. Cualquiera
anota en un libro las cuentas. Anales,
libros de jueces, los hechos.

Ya otro está clamando por los pasillos:
que le construyan pronto grandes navíos.
¡Ah!, los arroja, irreflexivo, a la derrota,
lleno del odio que pervierte el cálculo.
Tan magnas naves, acosadas por barcos pequeños
que llegan de súbito por entre la niebla.
Y él, el gran avaro, encierra su hueso seco
y su pellejo entre frívolas doncellas,
monjas, mojigatos, lebreles de baba amarilla,
tras las húmedas piedras.

Alguno escribe. Ese confiesa,
sometido al potro, al fuego, a los pozos.
Y otro acaba por entrapar su fuerza
en gélidas sabanas. Ya la firma del armisticio,
conviene en dejar su herencia al museo nacional...

Yo bebo una lata de cerveza en la playa,
chupo mi cigarrito, imagino
paquidermos, barcos, cañones, cabalgatas,
soplo el humo, soplo la arena, soplo las aguas.

Y corto el lazo que ciñe la falda de la púber,
mis dedos por sus flancos nunca se equivocan.
Yo conquisto sus mieses, su aroma.

El calor tempranero del vello en esas tres axilas.
Dejaré por ella las viejas costumbres,
con premura abandonaré la mesa de la casa materna,
saquearé las bolsas por unas monedas.

Quiero llevarla al cine,
a la grata oscuridad de los graneros.
Hurtaré un ramillete, saltando las verjas,
y a la noche escaparemos,
tal vez en ese viejo ford.

¿Y por qué no?
Ella me ha conquistado.
Sus dientes menudos saquean mis piélagos.
Horada mis días y extiende su soborno otras mil noches.

BALADA DE LA AFRODITA DE ARRABAL

Al amanecer,
la hija abandonada del pirata
deja su cuartucho en las barracas
y corre a los tranvías. Su placer:
admirar el surgimiento de los edificios,
contemplar los volúmenes
entre la luz ligera, aún fría,
que avanza lentamente por aristas,
entre hendidias, bajo puertas,
resplandeciendo en el tibio cristal
de las ventanas. En un rincón,
al borde de una grada, el gato
lame un desayuno que el ojo
no alcanza.

Al amanecer,
mira hacia fuera,
detrás del vaho,
mientras se frota las manos,
la barbilla, junta los pies,
en el vagón que va a la playa.

Yo la escucho susurrar su balada
mientras baila descalza, empujando
con la punta de un dedo el montículo,
la obra nocturna del cangrejo
en la arena. ¡Ah, en su fina garganta,
cuánta tensión para traer el canto,
murmurado desde su pecho,
tembloroso! Un milagro
que soplan sus labios, tan leve.
Encubre su rostro,
sopla su música
hacia el horizonte marino.

Allá va, allá va, la loca
y nunca llegará el errante,
aquél que debiera llorar su eterna
desolación sobre su pecho pequeño.
Allá va, menuda, con su canto.

Y ahora que se vuelve a la ciudad,
por tres centavos te dejaría poner
tu torpe mano entre sus muslos.

¡Bah! Ya jamás tendrás esa canción
que ella susurra para el agua.
Una canción que escucho en la aurora,
desde su más profundo sueño.

AYER

Ayer, el crac-crac de la pisada sobre las hojas secas, y en el breve espacio entre un sonido y otro, la risotada de un diosecillo jocosos, jorobado, encogido en el puño.

No dirás tu oración por lo eterno en su presencia, mascullé entre dientes. La fisgona calavera, sus dos globos multicolores, su perezoso ronroneo a mis espaldas, ayer, entre el crac-crac.

Ayer, una lengua menguante, su sombra en la pared de la caverna. Una llama de alcohol, esa luna creciendo arriba, columpiándose en la seda rasgada por una uña eléctrica.

La quimera tendida en el lecho. ¡Ah, esquivos ángeles! ¡Vuestras lágrimas de cera sellan los labios del mensajero!... Y una hermana caritativa, con su máscara, atraviesa el patio, entre los tiestos.

El mensajero se encubre el rostro. Demasiada ginebra empapando el seso, ayer, para correr hacia su regazo, para volver atrás, a los cinco años de edad, a la boca de una caverna con una luna roja y asible al fondo.

Ayer, mi madre, en ropaje de sirena, rodeaba al vástago. Hoy unto en la rebanada de pan huevos de esturión.

Mi arpón se hunde en la herida del cetáceo. Blandiendo mi maza danzo en cubierta y, borracho, maldigo del mar, maldigo del rayo que ilumina las aguas, maldigo del llanto.

Ayer, después del festín junté a los gatos para que lamieran los restos del plato. Y con la migaja tragué la desesperación de saberme la leve sombra entre dos adioses.

Quiero acordarme, antes de la valentía y de la infamia, antes del huevo, antes de la caricia. En el puro fluir de las sílabas, en el golpe de la sangre, en el impulso.

Ayer, en el supremo ayer, sólo hallo olvido. La madre recoge el mantel, lo pliega, lo guarda silenciosa en el baúl. Y sin quererlo, mi ceremonia se hunde en su tumba.

Ayer, el diente del perro sobre la presa. Y en el instante en que el ave era alcanzada, cesando el vuelo, precipitaba al mundo, arrastrando mis huesos.

ENLACE

Leche de cuarzo, leche de ébano, la que amamanta al rebaño de la tribu perdida, esa tribu que sestea tras las empalizadas y, ante el presagio, exhibe sus ídolos.

Agazapado entre la maleza, en las proximidades del río, el viejo chamán sopla tabaco y aguardiente alcanforado sobre los cuerpos.

Bajo la luz lunar...

Una furia de levíticos demonios levanta estalactitas trenzadas para detener esa manada perseguida y maldita.

Un pueblo que huye con sus dioses y trepa la montaña.

No, mi canto no podrá salvarlos del desastre. Si acaso, quedará en unos labios jóvenes y débiles.

Ya mis ojos se han puesto a rotar sobre otros ojos, en torno a esos soles. O son ellos, lejanos, lejanos, los que están girando.

En mi cráneo.

Precoces leones saltan sobre la presa. El horizonte es devorado y allí, en el núcleo incandescente, las cosas se alejan de la mano, escapan de la mente.

¡Oh! Son el crimen, la poesía, irguiéndose en su enlace.

¿Por cuál orilla leve, por cuál dintel umbrío transita el mensajero hasta esa garganta de la víctima? ¡Apréstate a la sorpresa, el cantar es tu oficio! Cuando menos lo pienses, cuando no lo esperes, el rayo fulminante atravesará tu médula.

Pero ahora, en la placidez del himno, el furor adolescente raspa por simiente, por agallas. Dispara. Dispersa ese polvo dorado, dentro de los jardines, pese a los muros, pese a la guardia.

LOS DONES

Si te detienes a contemplar por un instante ese pequeño arsenal, el diente de la mazorca, puedes mirar lo muy distante en ese grano: un centro inabordable, innominable.

No puede la mente asir la infinitud, ni la ficción cercar lo singular hasta agotarlo.

Tal esas lenguas de innumerables hilos en las coníferas plantadas al borde de los caminos, que cantan su melodía sacudida por el viento, su melodía casi inaccesible, así tu afán se pierde en la penumbra.

Cada puerta se abre hacia un mar, inexplorado. Deja que el ciego profeta que te acompaña escarbe entre los pliegues de sus escasos dones.

Acércale los platos, los confites, aproxima a sus labios una copa áurea, lleva a su olfato las carnes que se asan.

¿Y qué resuena también en mi memoria? Aquellos cantos de mujer entre los arrecifes o esa antigua música de la noche... Esa música de las esferas que te sorprende a veces en medio de la estepa, en el hueco mismo de la borrasca.

Quizá invente para mí un relato. ¿Una epopeya? Tal vez una fábula torpe. La reconquista de un verso que yacía olvidado.

Un rumor en el umbral.